

DE ARTES ACRA



MONOGRAFÍAS

UNA MIRADA AZUL

Muchos se han fijado en el agua: artistas, poetas, místicos. Incluso San Francisco de Asís le dedicó un verso en el *Cántico de las criaturas*: «*Laudato si', mi' Signore, per sor'aqua, la quale è multo utile et humile et pretiosa et casta*»¹. Pedro Salinas también escribió un poema sobre el agua, *El Contemplado*, en el que se sitúa solo frente al mar, y empieza un diálogo. Sólo existen el poeta, el mar y la mirada que los une:

*¡Qué pareja tan hermosa
esta nuestra, Contemplado!
La mirada de mis ojos,
y tú, que te estoy mirando.*²

A lo largo del poema, Salinas construye *el diálogo más trascendente que con el mar se ha sostenido en la poesía española*.³ Se trata de un diálogo, como bien indica el título del poema, que gravita enteramente sobre los ojos, sobre la mirada: el poeta es el observador y el mar es *El Contemplado*. En el prólogo del libro también se señalan los distintos paralelismos entre Salinas y San Juan de la Cruz: lo que *significa* Dios para San Juan, lo *significa* el mar para Pedro Salinas.

*Por tanta luz tú no puedes
conducir a nada malo.
Con mi vista, que te mira,
poco te doy, mucho gano.
Sale de mis ojos, pobre,
se me marcha por tus campos,
coge azules, brillos, olas,
alegrías,
las dádivas de tu espacio.*⁴
*Los que ya no te ven sueñan en verte
desde sus soterrados soñaderos
—lindes de tierra por los cuatro lados,
cuna del esqueleto—.
Sed tienen, no de bocas, ni de agua;
sed de visiones, esas que tu cielo
proyecta —azules tenues— en su frente,
y tú realizas en azul perfecto.*⁵

El punto fuerte del poema son los últimos versos. Parece que toda la fuerza de *El Contemplado* queda condensada en las últimas estrofas, cuando el autor

¹ San Francisco, *Cántico de las criaturas*, citado en Papa Francisco, *Encíclica Laudato Si*, n. 87.

² Pedro Salinas, *El Contemplado*, en *Poesías Completas*, Alianza Editorial, Madrid 1993, vol. V, p. 158.

³ Soledad Salinas de Marichal, Prólogo a *El Contemplado*, *op. cit.*

⁴ *El Contemplado*, p. 159.

⁵ *El Contemplado*, pp. 183-184.

describe todas las generaciones que siglo tras siglo han contemplado el mar. Todos esos “contempladores” ya se fueron, pero han dejado el legado de su mirada. Y es Salinas quien encarna esa mirada, la mirada de los antepasados, y sus ojos miran por ellos:

*Una mirada queda, si pasamos.
¡Que ella, la fidelísima, contemple
tu perdurar, oh Contemplado eterno!
Por venir a mirarla, día a día,
embeleso a embeleso,
tal vez tu eternidad,
vuelta luz, por los ojos se nos entre.
Y de tanto mirarte, nos salvemos.⁶*

Otros autores no dudan en dar un cierto carácter materno al mar. O, más bien, un cierto carácter de mar a la figura de la madre. Esa maternidad es también fuente de esperanza. Juan Ramón Jiménez habla de su madre en estos términos:

*Te digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años cambien y te muden,
siempre es igual tu sitio
al paso de mi alma.
No es preciso medida
ni cálculo para el conocimiento
de ese cielo de tu alma;
el color, hora eterna,
la luz de tu poniente,
te señalan ¡oh madre! entre las olas,
conocida y eterna en su mudanza.⁷*

Para el escritor la madre es mar por la inmutabilidad de su amor, por la estabilidad eterna de su presencia. Este carácter intemporal de la madre también lo desarrolla Gertrud Von Le Fort, aunque no use explícitamente la imagen del mar:

La madre nunca puede representar para la mujer la misión especial de una época, pues es la misión de la mujer por excelencia. Igual que no aparece en ella lo especial y único de la persona, tampoco aparecerá lo especial y único de una época. Ante la madre claudica todo programa del tiempo, porque el tiempo no tiene poder sobre la madre. En la figura de la *virgo* la mujer se encuentra sola ante el tiempo, en la *sponsa* comparte el tiempo con el hombre que está en él, en la madre vence al tiempo. La madre es la imagen de la inmensidad terrenal; por su felicidad como por su dolor pasan los milenios sin dejar huella. La madre es siempre la misma; es la tremenda abundancia, el silencio y la

⁶ *El Contemplado*, p. 185.

⁷ Juan Ramón Jiménez, *Madre*, citado en Juan Gutiérrez Palacio (Ed.), *Juan Ramón Jiménez. Antología poética*, Editorial Magisterio Español, Madrid 1968, p. 112.

inmutabilidad de la misma concepción, de la conservación y del alumbramiento de la vida, sólo comparable al fecundo regazo de la tierra, a la que nosotros no podemos ni condicionalmente invitar a que nos cubra de bendiciones.⁸

La madre es la mujer intemporal, pues es inmutable. Su amor no se desarrolla, sino que está presente desde el primer instante; en lo inmutable no hay aumento. El amor de la madre no puede ser aumentado, pues esta posibilidad encerraría en sí la idea de que fué menor. La evolución no es característica de los diversos períodos de la vida de la madre, sino que estos períodos se asemejan al transcurso del reino de la naturaleza ; primavera y otoño no son evoluciones, sino partes de un círculo infinito.⁹

El amor de la madre, entonces, es inmutable y resiste los ciclos del tiempo. Como el mar de Pedro Salinas, o la madre de Juan Ramón Jiménez. Del carácter maternal del mar también habló Joseph Ratzinger en su obra *Jesús de Nazareth*. El teólogo alemán establece un paralelismo entre la fecundidad de la Iglesia y la fecundidad del mar, afirmando que el Espíritu fecunda esa *Iglesia-mar*, posibilitando el “nuevo nacimiento” cristiano:

Para renacer se requiere la fuerza creadora del Espíritu de Dios, pero con el sacramento se necesita también el seno materno de la Iglesia que acoge y acepta. Photina Rech cita a Tertuliano: «Nunca había Cristo sin el agua» (De bapt., IX 4), e interpreta correctamente esta palabra algo enigmática del escritor eclesiástico: «Nunca estuvo ni está Cristo sin la Iglesia» (vol. 2, p. 304). Espíritu y agua, cielo y tierra, Cristo e Iglesia van unidos: de esta manera se produce el «renacer». En el sacramento, el agua simboliza la tierra materna, la santa Iglesia que acoge en sí la creación y la representa.¹⁰

De todas maneras, ya en la Biblia –mucho antes que en poetas o teólogos– también podemos encontrar referencias al agua y al mar. La fuerza purificadora y vivificante del agua queda reflejada en muchos pasajes de la Sagrada Escritura (incluso Dios mismo se presenta como la *fuentes de aguas vivas*¹¹). Algunos de estos textos hablan de un cierto lugar-manantial hacia el que discurren esas aguas; es la ciudad de **Jerusalén**, donde el Señor quiere establecerse definitivamente: «*Porque esto dice el Señor: Mirad: Yo hago discurrir hacia ella, como un río, la paz, y, como un torrente desbordado, la gloria de las naciones. Mamaréis, seréis llevados en brazos, y acariciados sobre las rodillas* (Isaías 66, 12)». Ese **territorio** donde Dios quiere asentarse permanentemente estará lleno del agua de la vida que viene del Señor. Y allí Dios reunirá a su pueblo. Dicho lugar a veces toma el nombre de **Jerusalén**, como hemos visto; otras veces se

⁸ Gertrud Von Le Fort, *La mujer eterna*, Rialp, Madrid 1957, pp. 108-109.

⁹ *Ídem*, pp. 115-116.

¹⁰ Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazareth*, vol. I. Capítulo 8 (*Las grandes imágenes del Evangelio de Juan. El agua*).

¹¹ Jeremías 2, 13.

trata del **templo** (véase Ezequiel, capítulo 47). En el Apocalipsis se delinea la figura de una **Mujer**¹² que ofrece esas aguas: «*El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, que diga: «¡Ven!» Y el que tenga sed, que venga; el que quiera que tome gratis el agua de la vida* (Apocalipsis 22, 17). Quizá esa figura femenina represente la **Iglesia**, patria de los cristianos. Hay teólogos que han dicho que la Virgen, a los pies de la Cruz, es el personaje en el que mejor se encarnan esas imágenes¹³, en el que se cumplen todas esas categorías de **Jerusalén, patria, templo, Iglesia**¹⁴, **Mujer**¹⁵. En María **están**, por tanto, esas aguas vivas, pues Ella lleva a Cristo en su seno, es Madre de Cristo, fuente de aguas vivas: «*Yo soy la madre del amor hermoso (...), los que de mí beben, aún sentirán más sed* (Sirácida 24. 29)». En María convergen, de algún modo, las aguas de la vida.

Cuando Ignacio de la Potterie¹⁶ analiza el trasfondo bíblico de la figura neotestamentaria de María, habla de la Madre de Israel (la Madre-Sión), tema bien presente en el Antiguo Testamento, y cita el siguiente pasaje del profeta Isaías:

Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria de Yahweh alborea sobre ti, pues he aquí que está cubierta de tinieblas la tierra y de oscuridad los pueblos. Sobre ti viene la aurora de Yahweh y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora. Alza en torno tus ojos y mira; todos se reúnen y vienen a ti, llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas en ancas. Entonces mirarás y resplandecerás, palpitará y se ensanchará tu corazón, pues **vendrán a ti los tesoros del mar**, llegarán a ti las riquezas de los pueblos. Te cubrirán muchedumbres de camellos de dromedarios de Madián y de Efá. Todos vienen de Sabá, trayendo oro e incienso, pregonando las glorias de Yahweh. En ti se reunirán los ganados de Cedar; los carneros de Nabayot estarán a tu servicio. Subirán como (víctimas) gratas sobre mi altar, y yo glorificaré la casa de mi gloria (Isaías 60,1-7).

Más adelante, dice: *el texto profético de Isaías sobre la Madre Israel que ve a sus hijos e hijas volver del exilio sirve de fondo a las palabras que Jesús pronunció en la Cruz. Esta Mujer-Sión, a quien el profeta dice: «Alza en torno tus ojos y mira; todos se reúnen y vienen a ti, llegan de lejos tus hijos...», prefigura a la Mujer al pie de la cruz, a la que Jesús dice: «Mujer, he aquí a tu hijo». Como tendremos ocasión de ver más adelante, es éste, según Juan, el momento de la constitución del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia.*¹⁷

Este podría ser el fundamento que ha llevado a muchos a hablar de la Virgen como mar, como océano de gracias y de misericordia: parafraseando a

¹² Apocalipsis 12, 1.

¹³ Cf. Antonio Ducay, *La prediletta di Dio*, Aracne, Roma 2013, p. 72. Ver también Ignacio De La Potterie, *María en el misterio de la alianza*, BAC, Madrid 1993, pp. 259-260; 265-267.

¹⁴ Cf. *Constitución Dogmática Lumen Gentium*, n. 65.

¹⁵ *María en el misterio de la alianza*, pp. 265-267.

¹⁶ *Idem*, pp. 17-19.

¹⁷ *María en el misterio de la alianza*, p.19.

Isaías, Ella reunirá, bajo la Cruz, a los dispersos, *vendrán a Ella los tesoros del mar*, la abundancia de las aguas de Cristo, que el mismo Cristo ofrece: «*Debes temer, pecador, si separas a Cristo de María, pero en los brazos de esta amable Reina ruégale sin desconfianza, porque es la misericordia sobre su pedestal, la flor sobre su tallo, el agua en su océano.*»¹⁸ San Juan Damasceno, en un diálogo figurado con el sepulcro de María (en la Fiesta de la Asunción), se pregunta dónde está la Virgen, ese «*océano de curaciones*»¹⁹; e incluso tradiciones más antiguas, como el himno *Akathistos*, saludan así a María: «*¡Salve, oh Mar que sumergió al Faraón espiritual!*». El mismo De la Potterie, hablando del nacimiento virginal de Jesús y de cómo éste no fue concebido por obra de varón, no duda en hacer una comparación muy directa entre la Virgen y el mar: *Así como el Espíritu Santo, en la creación, «se cernía sobre la superficie de las aguas» (Gn 1,2), así también el Espíritu Santo descendió sobre María al principio de los tiempos de la nueva creación.*²⁰

Si la Virgen colabora en el desvelar el hombre al propio hombre, como afirma Juan Pablo II en la carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, podríamos atrevernos a afirmar que toda mujer (especialmente en su dimensión materna) es, de alguna manera, mar²¹. Y ahí enlazamos con la maternidad del mar, tema que hemos tratado al inicio. Las intuiciones de Salinas, Gertrud Von Le Fort o Juan Ramón Jiménez, de alguna forma, culminan en una nueva visión: la maternidad del mar en realidad tiene su origen en el hecho que la Madre de todas las madres, la Virgen María, es, alegóricamente, un mar, un océano. Y de ahí que, como por extensión, se pueda afirmar que toda mujer, en su dimensión materna, es mar.

Sin duda, uno de los puntos más hermosos es que el mismo nombre de *María*, al que los estudiosos llegan a atribuir más de 70 orígenes etimológicos diferentes²², puede significar precisamente **mar**, en algunos de ellos: D. Gregorio Alastruey habla de “María” como **Gota del mar**²³ y también como «Mar amargo; mar, porque es océano de todas las gracias y dones del Espíritu Santo; **mar amargo**, por los dolores acerbísimos que sufrió en la pasión y

¹⁸ J. Tissot, *El arte de aprovechar nuestras faltas*, Palabra, Madrid 1972, p. 156

¹⁹ San Juan Damasceno, *Homilía sobre el tránsito de la Virgen nuestra Señora*, en D. Francisco Caminero (curavit), *Los santos Padres, colección escogida de sus homilías y sermones*, Propaganda Católica, Madrid, 1879, Tomo V, p. 223. Otras tradiciones antiguas llaman “océano” a la Virgen, como iun autor anónimo del siglo VII, que escribe una *Kondakion* para la Dormición de la Madre de Dios: «Ave, oceano illimitato dei divini consigli» (...) «Ave, mare che prosciuga i fiumi dell'ateismo» (Autore anonimo del s. VII, *Kondakion per la Dormizione de la Madre di Dio*, citato in Georges Gharib, Ermanno M. Toniolo, Luigi Gambero, Gerardo Di Nolla (ed.), *Testi mariani del primo millennio*, Città Nuova, Roma 1989, p. 294 e 298).

²⁰ *María en el misterio de la alianza*, p. 173.

²¹ *Cristo desvela plenamente el hombre al hombre y le hace consciente de su altísima vocación*, como enseña el Concilio (GS 22). En este «desvelar el hombre al hombre» ¿no se debe quizás descubrir un puesto particular para aquella «mujer» que fue la Madre de Cristo? (Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, n. 2).

²² Juan Luis Bastero de Eleizalde, *La vida de María hasta la Anunciación*, en *Scripta de Maria. Revista del Instituto Mariológico de Torreciudad*, Serie II, número VIII, Barbastro 2011, pp. 222-225

²³ Cf. D. Gregorio Alastruey, *Tratado de la Virgen Santísima*, BAC, Madrid 1952, p. 8

*muerte de su Hijo; por lo cual San Buenaventura dice: «María es **mar** abundando en las gracias y amarga compadeciendo con su Hijo (In speculo, c. I)» (...) **Estrella del mar**, porque la Santísima Virgen muestra la luz en el cielo a los que navegan en medio de esta vida procelosa y dirige su curso con el ejemplo de sus virtudes y con su patrocinio.»²⁴*

El místico San Luis María Grignon de Montfort escribe así:

Dios Padre creó un depósito de todas las aguas, y lo llamó mar. Creó un depósito de todas las gracias, y lo llamó María. El Dios omnipotente posee un tesoro o almacén riquísimo en el que ha encerrado lo más hermoso, refulgente, raro y precioso que tiene, incluido su propio Hijo. Este inmenso tesoro es María, a quien los santos llaman el tesoro del Señor, de cuya plenitud se enriquecen los hombres.²⁵

Otros autores, como Franz Michel Willam, escriben así de María: *Ahora, en el Cielo, el amor de su corazón se derramó en el amor del Corazón de Jesús; un mar de amor en un sinfín de mares de amor.*²⁶

Hay otra referencia bíblica que me permito citar, con una cierta dosis de imaginación y poesía, a raíz de unas palabras que tomo prestadas de Scott Hahn. Dice el autor norteamericano: *María llena las páginas de la Sagrada Escritura desde el principio del primer libro hasta el final del último. En el plan de Dios, estaba presente desde el comienzo de los tiempos, al igual que los apóstoles, la Iglesia y el Salvador; y lo estará también en el momento en que se cumplan todas las cosas.*²⁷ Abriendo la primer página de la Biblia, en la versión de la Vulgata, leemos: *Dixit vero Deus: Congregentur aquae, quae sub caelo sunt, in locum unum, et appareat arida. Et factum est ita. Et vocavit Deus aridam Terram, congregationesque aquarum appellavit **Maria**. Et vidit Deus quod esset bonum.* (Génesis 1, 9-10). Y si abrimos la Biblia por la última página, también nos encontramos con una referencia al agua, de la que hemos hablado más arriba: *Et spiritus, et sponsa dicunt: Veni. Et qui audit, dicat: Veni. Et qui sitit, veniat: et qui vult, accipiat aquam vitae, gratis* (Apocalipsis 22, 17 (Vg)).

Podríamos seguir con otras numerosas pequeñas referencias litúrgicas²⁸ o de devoción popular²⁹, pero podrían ser interminables. De alguna manera, hemos visto cómo queda evidentemente delineado que la Virgen, según la analogía usada por muchos Padres y santos, es mar.

²⁴ Ídem, p.9

²⁵ San Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen María*, 1ª parte, capítulo 2, n. 23.

²⁶ Franz Michel Willam, *Vida de María*, Herder, Barcelona 2002, p. 356.

²⁷ Scott Hahn, *Dios te salve, Reina y Madre*, Rialp, Madrid 2006, p. 23.

²⁸ Salmo en la Misa de la Fiesta de la Visitación (Is 12, 2-3): *Et haurietis aquas in gaudio de fontibus salutis.*

²⁹ Extracto de la oración a Santa Maria del Pozzo, devoción arraigada en la ciudad de Roma: *... come cervo ferito corro sitibondo al Pozzo mirabile delle Vostre grazie. Voi, o cara Madre, che siete fonte della Potenza del Padre, **mare immenso dei meriti del Figlio**, prodigioso Canale dei doni dello Spirito Santo, Voi ristorate la mia sete...* (Preghiera alla Madonna del Pozzo, Roma).

Copiamos una cita larga de Santo Tomás de Villanueva: se trata de la *Conción 38*, escrita para el *Domingo cuarto después de Epifanía*:

Levantándose, increpó a los vientos y al mar y se produjo una gran calma (Mt 8,26)

1. Según el libro del Génesis, dio Dios esta orden: *Que se reúnan las aguas en un lugar. A las aguas reunidas las llamó mares* (Gn 1,9.10). De igual modo, la criatura en quien están reunidas todas las aguas de las gracias y virtudes, se llama también mar. ¿Y cuál es esa criatura? Dice Jerónimo: “A los demás se les repartió por partes la gracia, en María se volcó toda la plenitud”. Por eso esta Virgen es un mar, o sea, una suma abreviada de las gracias que están repartidas entre todos los demás santos. Es un mar profundo, cuyo fondo es insondable, donde no hay tierra. Sus pensamientos, sus deseos son todos elevados, celestiales, en suma, divinos. No hay en ella tierra, es toda celestial, toda espiritual. Decía san Agustín refiriéndose a la Virgen: “Si te llamo cielo, tú eres más alta; si tierra, tú eres más profunda; si luna, eres más hermosa; si sol, más esplendorosa. En conclusión, eres más alta que el cielo y más profunda que el mar”.

Suelen los marineros, cuando quieren explorar la hondura del mar, lanzar al fondo marino, mediante muchas brazas de cuerdas, un globo encerado al que llaman sonda. Cuando ésta llega a tocar suelo, se le pega la arena del fondo, y así consiguen saber la profundidad del mar. ¡Oh Virgen Madre de Dios! ¿Quién será capaz de medir tu perfección y tu excelsitud, y de encontrar suelo a tanta profundidad? Sola la Sabiduría divina que *alcanza de un confín a otro* (Sab 8,1), que lo comprende todo, que conoce las perfecciones de las criaturas y que sabe lo que depositó en cada una de ellas, puede encontrar suelo en la Virgen y medir su profundidad. Ella fue la sonda marina que, enviada desde el cielo, sacó en su vientre virginal, unida a ella, la tierra de nuestra carne: *Y el Verbo se hizo carne* (Jn 1,14).

Bernardo decía acerca de este mar: “Algunos están expuestos a peligros en el mar: pues en éste los pecadores encuentran seguridad. En el mar mucha gente perece por las tempestades; por este mar es muy seguro el camino hacia el cielo”. *Dio orden a los vientos y se hizo la calma* en este mar, puesto que *su morada está hecha en la paz* (Sal 75,3), y *el que me creó descansó en mi tienda* (Sir 24,8). Ella no estuvo agitada por los vientos del apetito desordenado. No hubo en ella tempestades de movimientos pecaminosos: no se levantaron en ella olas de titubeos sobre los preceptos divinos. No fue ella un mar proceloso, porque el Señor había dado órdenes y había sobrevenido una gran calma en el mar.

A través del mar va la gente en busca de bienes temporales: en este mar se encuentran tesoros divinos, regalos del cielo: *Has encontrado gracia ante Dios* (Lc 1,30), es más has encontrado al dueño de la gracia para ti y para el mundo.

Por tanto, si ella es mar, no se agotará aunque cada uno saque ahora el pequeño vaso de su alma lleno a rebosar. Acudamos, pues,

confiadamente, y pidámosle que nos llene de su plenitud, diciendo: Ave, María.³⁰

Hay otro libro de las Sagradas Escrituras que habla de un manantial de *aguas vivas* aplicado a una mujer. Se trata del Cantar de los Cantares, en el que el amado se dirige a la amada³¹ en estos términos: *¡Oh fuente de los huertos, manantial de aguas vivas, arroyos que bajan del Líbano!* (Cantar de los Cantares 4, 15); y continúa: *Tus dos ojos, los estanques de Jesbón junto a las puertas de Bat-Rabim* (Cantar de los Cantares 7, 5).

Fray Luis de Granada, hablando de los dolores de María en la pasión, escribe así:

Ciérrense las fuentes de esos purísimos ojos, más claros que las aguas de Hesebón y ahora turbios y oscurecidos con la lluvia de tantas lágrimas (Cant. 7, 4).³²

Este verso enlaza con el *mar amargo* de D. Gregorio Alastruey, que hemos citado más arriba, a través del versículo del Cantar de los Cantares. El mar que es la Virgen está condensado en sus ojos, como canta Joaquín Antonio Peñalosa:

*No la llamé por su florido nombre de María,
su nombre es llena-de-gracia,
copa llena o llenada,
copa del mundo, copa de vino blanquísimo,
no cabe una gota más,
el conjunto de agua se denomina mar,
el conjunto de gracias se nombra Mar-ía,
sentí que me daba el vértigo de la altura.*³³

*el conjunto de agua se denomina mar,
el conjunto de gracias se nombra Mar-ía.*³⁴

***La miro a los ojos y boga Dios
en dos gotas de mar azul.***³⁵

³⁰ Tomás de Villanueva, *Obras completas I: Conciones del Tiempo de Adviento y Navidad*, BAC, Madrid 2010, pp. 555-557.

³¹ El amado habla así a su amada después de haberla llamado huerto cerrado, palabras que tradicionalmente se han aplicado a la virginidad de María, especialmente en la época patrística.

³² Fr. Antonio Tranco, O. P. (Ed.), *Fr. Luis de Granada. Obra selecta*, BAC, Madrid 1952, p. 862.

³³ Joaquín Antonio Peñalosa, *Copa del mundo. Cántigas de Santa María*, Joan Boldó i Climent Editores, Querétaro 1995, pp. 12-13.

³⁴ Ídem, p. 13.

³⁵ Ídem, p. 19.

A la misma conclusión llegarían el Mestre d'Estopanyà o Garcia de Benavarri³⁶, aunque quizá por caminos más intuitivos. La mirada de la Virgen es un mar. La mirada de la Virgen es azul.

³⁶ Ver en la siguiente página.



Segon Mestre d'Estopanyà - *Mare de Déu de la Llet*, hacia 1450, MNAC (Barcelona). Detalle



Pere Garcia de Benavarri - *Mare de Déu Apocalíptica i sant Vicenç Ferrer amb dos donants*, hacia 1456, MNAC (Barcelona). Detalle.